

dicos con la humanidad doliente porque reciben oro ó plata cuando eúran?

ENGAÑO.—Dice un colega de Guanajuato:

«Hemos visto en varias biblias y otras obras de las prohibidas que están repartiendo los protestantes que están en esta ciudad, notas puestas de letra manuscrita en las primeras fojas, en las que aseguran que tal libro es del uso del padre fulano ó de otro, con el objeto de sorprender á los ignorantes, que viendo que perteneció á un eclesiástico católico, no desconfían; ¡cuidado! Si algun libro de estos cae en las manos de los católicos, no lo reciban; que nada se pierde y si se gana mucho. Por otra parte, estas maquinaciones indignas, perfectamente caracterizan una propaganda maligna, tenebrosa y falsaria. ¡Bien por el protestantismo! ¡Y ese caos heterogéneo y contradictorio se proclama á un tiempo y en todas sus apuestas sectas *religion verdadera y santa*.... No puede uno menos que reirse.....» (La «Voz.»)

Por lo visto, los protestantes han resuelto atacarnos en toda forma y en todas partes! Bien, entremos en lucha: los católicos tenemos fé en el triunfo, porque nuestra causa es la de la verdad, pero jamas usaremos armas de mala ley.

UNA PROCESION.—Dice el «World» de Nueva-York que en la que salió por las calles de la ciudad el dia de la fiesta católica de San Patricio, habia medio millon de espectadores.» (La «Voz.»)

FAMOSOS COLONOS.—Dice la «Voz de México:» «Anuncian de la república vecina que Brigham Young, acompañado *solamente* de veinte mil mormones, piensa establecerse en el territorio de Arizona cerca de la frontera de México.

Librenos Dios de que ese señor realice su pensamiento, pues creemos que muchos males y ningunos bienes nos vendrian de esa clase de vecinos inmorales en sumo grado, y que intentaran introducirse en nuestra patria con sus pestilentes máximas.

¿DE QUIEN SON LAS CAMPANAS?—Refiere «Juan Panadero» que por orden de la jefatura política se mandaron traer las campanas de Zapotlanejo á esta ciudad. Esperamos que esas campanas serán devueltas: creemos que nadie tiene derecho de tomar los objetos pertenecientes á un templo católico, reconociéndose que los católicos tienen derecho de tener en sus templos todas las cosas necesarias para el culto.

PRESBITERO ATENOJENES SILVA.

CAMBIO.—Remitimos «La Religion y la Sociedad» á todos los periódicos que se publican en esta ciudad, y fuera de ella á aquellos de que tenemos noticia, esperando que por su parte se sirvan favorecernos con sus publicaciones y advertir siempre que por cualquier evento no reciban el nuestro con oportunidad.

Sabado 17 de Mayo de 1873.

Continúa la contestacion á la réplica de los protestantes.

§ V

Se refuta el otro efugio de los protestantes sobre la inteligencia de los textos sagrados que prometen á la Iglesia la asistencia del Espíritu Santo.

Ya que es imposible desconocer que á los Apóstoles y á sus sucesores se hicieron promesas de la asistencia del Espíritu de verdad hasta la consumacion de los siglos para enseñar á todos los pueblos las cosas reveladas, resta deshacer la fútil objecion de los protestantes contra la única verdadera Iglesia á que nosotros tenemos la felicidad de pertenecer: esta objecion es, como vimos antes, que no dice la Biblia que los sucesores de los Apóstoles estén en la Iglesia Romana; que no hay un solo versículo en la Escritura que pueda justificar esa asercion.

Nos contentaremos con citar el siguiente pasage. Habiendo preguntado el Señor á los Apóstoles qué opinaban los hombres sobre su persona, contestó San Pedro confesando su divinidad con estas palabras: «Tu eres Cristo Hijo de Dios vivo» y entonces le dijo el Señor: «Bienaventurado eres Simon hijo de Juan, porque no te lo ha revelado la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos; y yo te digo que tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» [S. Mateo cap. 16, vs. 13 y sigs.]

Que estas palabras pertenecen no solo á San Pedro, sino tambien á sus sucesores, es manifiesto, porque en ellas se designa la suprema autoridad visible que debia regir á la Iglesia que es una sola sociedad extendida por todas partes y que no podria ser una sociedad si no hubiera en ella una suprema autoridad visible, porque entre los hombres es imposible sociedad ninguna sin gobierno, y si los gobiernos son muchos é independientes entre sí, tambien son distintas las sociedades que dirigen: mas esa Iglesia única debia ser perpetua, por consiguiente tambien lo debia ser la autoridad suprema que la dirigiera; San Pedro no habia de vivir perpetuamente; luego lo que á él se decia, tambien por medio de él se decia á sus sucesores.

Sentado esto, en las solas palabras que hemos citado, tenemos dos medios seguros para conocer si la Iglesia Católica Romana ó si alguna de las sectas protestantes es la verdadera Iglesia á que se han hecho las magnificas promesas de infalibilidad que leemos en los Evangelios y en otros libros de las Sagradas Escrituras. Segun las referidas palabras será Iglesia verdadera aquella que pueda remontarse hasta San Pedro por una serie de sucesores de este Apóstol en quienes siempre se halla reconocido su autoridad; aque-

lla que pueda probar que desde los tiempos Apostólicos hasta nuestros días ha conservado íntegro el depósito de la fe, sobreponiéndose á todos los esfuerzos que haya hecho el infierno para corromperla.

Y pretenderá el protestantismo que se hallan cumplido en él estas condiciones? Respecto de la primera: ¿Cómo podrá ponerse en contacto con los tiempos Apostólicos? Antes de la rebelion de Lutero nadie era protestante, ni lo habia sido jamás: el mismo Lutero nació en el Catolicismo, fué educado en el Catolicismo, y permaneció católico hasta que la envidia y el orgullo lo indujeron á separarse del seno de la Religion que siempre habia profesado. Igualmente nacieron, se educaron, y permanecieron en el seno del Catolicismo hasta el día de su respectiva rebelion, Bucero, Zuínglio, Calvino, Enrique VIII, etc. ¿Dónde estábais pues vosotros, oh protestantes, antes de esos vuestros gefes de funesta celebridad? ¿Erais acaso espíritus invisibles, puesto que nadie en el mundo tuvo vista tan perspicaz que os hubiera podido descubrir en alguna parte? ¿Cómo llenais el hueco de quince siglos que trascurrieron desde los Apóstoles hasta Lutero vuestro patriarca y fundador? Esto es imposible. Si pues la Iglesia verdadera es la que se remonta hasta San Pedro y ha conservado su autoridad en una serie de sucesores de este Apóstol, vuestra coleccion de sectas cuyo primer origen es quince siglos posterior á aquel Apóstol, no es otra cosa sino una coleccion de invenciones del infierno para engañar y perder á los hombres.

¿Y qué diremos de la conservacion de la integridad de la fe? El protestantismo no ha podido conservar inmutable, no diremos ya un cuerpo de verdades, pero ni aun siquiera un cuerpo de cualesquiera doctrinas erróneas. Lutero mismo antes de partir de esta vida tuvo que deplorar las divisiones que luego aparecieron entre los que fueron primero su fidelísimos secuaces. ¿Qué mejor prueba de que el protestantismo se rinde á todas las tentativas del infierno que el que cuando aun no cumplia dos siglos de existencia hubiera podido escribirse la celebre «Historia de sus variaciones» tan conocida en el mundo? El protestantismo se disuelve sea cual fuere el elemento bajo el cual se le coloque. En Inglaterra nace bajo la égida de la autoridad temporal que se propone sostenerlo con todo su poder; y esa misma autoridad introduce en él las variaciones, y todos sus esfuerzos, todo su despotismo, todas sus inauditas crueldades, no solo contra los católicos, sino contra los mismos protestantes que no querian jurar en materia de religion en la palabra del rey, fueron impotentes para estorbar que en el primer tercio de este siglo hubiera ya en la sola ciudad de Lóndres mas de cien religiones. En los Estados-Unidos se halla el protestantismo en condiciones diametralmente opuestas á las de la Inglaterra, está bajo la mas amplia libertad de pensar y obrar en materia de religion como á cada uno se le antojare; y ahí tambien se ha dividido en el sorprendente número de sectas que veremos despues. En todas partes y bajo cualesquiera condiciones se divide y se disuelve: ¿qué otra cosa prueba esto sino que no es él la Iglesia inmaculada y sostenida por la virtud del Altísimo contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno?

Volvamos ahora los ojos á la Iglesia Católica Romana, y encontraremos en ella estos dos insignes caracteres de divinidad. Por sus Pontífices se re-

monta desde Pio IX hasta San Pedro, y por San Pedro se une con Jesucristo: muestra siempre á esos mismos Pontífices ejerciendo la autoridad de San Pedro y á todo el mundo cristiano y á todos los hombres mas ilustres en ciencia y santidad en el mundo cristiano reconociendo en los Pontífices romanos la autoridad del Príncipe de los Apóstoles. Si San Pedro habia de tener sucesores, nadie en el mundo puede señalar á otros que lo sean sino los Papas, y si los Papas no lo fueran, los sucesores de San Pedro jamas habrian existido sobre la tierra ni por un solo momento. Tiene pues la Iglesia Católica Romana esta primera nota de verdad.

Igualmente posee la segunda. En el largo espacio de casi diez y nueve siglos, ¿que no ha hecho el infierno para destruirla! El gentilismo quiso ahogarla en la sangre de millones de mártires: estos atletas subieron al cielo y la Iglesia despues de tres siglos de lucha puso el estandarte de la cruz sobre la cabeza de los soberanos que en vano pensaron aniquilarla. En el mismo centro de las persecuciones, de la idolatria y de todos los errores, ahí, en la orgullosa Roma Señora del mundo, al lado del trono de los Césares sus enemigos levantó la Iglesia el trono del Pescador de Galilea; y hé aquí que han desaparecido los errores; siglos ha que se undió en el abismo de la nada el poder de aquellos soberanos que con una sola palabra hacian temblar al mundo; la gloria de la antigua Roma no es ya sino un recuerdo histórico, y la autoridad de San Pedro permanece y es reconocida y obedecida en el mundo. ¿Y cuántas vicisitudes no ha presenciado la Iglesia Católica Romana en su prolongada duracion de tantos siglos? ¿Dónde está ahora la antigua cultura de los griegos? ¿dónde la primitiva civilizacion del Occidente? ¿dónde la barbarie de los salvajes que inundaron la Europa? ¿dónde el feudalismo? ¿dónde el gran poder y las glorias que parecian inmarcescibles de la monarquía europea? ¿cuántos sistemas, cuántas escuelas no se han sucedido durante ese largo período de siglos en literatura, en filosofía, en politica, y en todas las ciencias humanas? Sin embargo, la Iglesia Católica Romana permanece una é invariable, con sus mismos dogmas, con sus mismos principios de moral, con su misma autoridad, desafiando la duracion de los siglos. ¿No hace ver esto claramente que ella es algo mas que obra del hombre, pues se sobrepone á la inestabilidad que caracteriza todo lo que sale de las manos del hombre? ¿Cómo solo esa autoridad jamás se enerva? ¿cómo no pueden todos los esfuerzos de las pasiones llegar á mancillar esa moral que jamas transige con los deseos depravados del corazón? Y el espíritu humano tan inquieto, tan ávido de cambios y novedades, tan orgulloso, que siempre está dispuesto á revelarse contra todo lo que no ha encontrado con sus propias investigaciones, ¿cómo no ha logrado en tantos siglos alterar un cuerpo completo de doctrina cual es el de la católica, en el cual se le exige creer hoy lo que siempre se ha creído y aceptar sin vacilacion misterios que no comprende? Desde el principio mismo del Catolicismo datan los esfuerzos de la humana inteligencia por sacudir el yugo de esta doctrina: las herejías han sido de todos los tiempos desde la época misma de los Apóstoles; no ha habido un solo dogma que ellas no hayan combatido; y ellas han tenido de su parte hombres de influencia y de poder y aun á los mismos reyes. ¿Y qué ha sucedido? Por en medio de todas ellas ha atravesado la Igle-

sia Católica conservando inalterable el depósito de verdades que se le ha confiado. Esta Iglesia ha sorprendido á todas las herejías en su mismo nacimiento y les ha dicho á cada una: «Tu hoy acabas de nacer y los mismos que te han inventado, desconocian ayer lo que ahora pretenden enseñar: tu te has separado de la fé del Salvador que predicaron sus Apóstoles.» Esta Iglesia ha tenido siempre en su seno un sin número de creyentes de todos tiempos y lugares que han aceptado y aceptan con toda fidelidad un solo cuerpo de doctrina, al mismo tiempo que mil y mil sábios esclarecidos demuestran á la faz del mundo que la fé que ahora tiene, es la que ha tenido en todos los siglos, la que enseñaron los Apóstoles y que ellos recibieron del mismo Dios. Y esa invariabilidad, esa unidad indestructible de la Iglesia Católica, esa superioridad á todas las vicisitudes humanas, á todos los esfuerzos que se han hecho en su contra, á todos los ataques de todo género que sin cesar se le han dirigido, ¿que otra cosa demuestran sino que esta Iglesia es la misma de que dijo el Salvador que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno?

Pudieran presentarse otras muchas pruebas de la verdad y divinidad de la Iglesia Católica; pero las omitimos porque es preciso tratar con brevedad la multitud de puntos que han tocado los protestantes.

§ VI

¿Tienen los ministros del altar derecho para percibir del mismo altar lo necesario para su subsistencia?

Pasemos á otra multitud de erradas especies que sin conexión ni orden van emitiendo los protestantes en su escrito. En la pág. 2.^a aseguran que los ministros católicos trafican con la venta de los Sacramentos y de los favores y bendiciones de Dios y que convierten los templos en plazas de mercado. En la pág. 13 consideran el estipendio de la Misa como una venta que se hace de Jesucristo y de sus méritos, y comparan á los sacerdotes católicos con el apóstol pérfido que vendió al Salvador; y aun los suponen peores que este traidor, porque él lo vendió una vez y nuestros sacerdotes, segun dicen los protestantes, lo venden todos los días.

Contestamos á los protestantes que el clero católico al percibir subsidios temporales ejerciendo algunas de sus funciones sagradas, no vende las cosas santas, sino que usa de un derecho que le ha dado el mismo Dios y que para desconocerlo seria preciso renunciar á todo buen sentido. Los órdenes sagrados no eximen á quien los recibe de las necesidades comunes á todos los hombres; á los eclesiásticos lo mismo que á todos les es indispensable el alimento, el vestido, la habitacion y las medicinas en sus enfermedades; están obligados á socorrer á sus padres, tienen afecciones naturales hácia las otras personas de su familia; les es preciso además tener libros para sus estudios, poder hacer los gastos de los caminos que hallan de emprender para atender á los fieles en los lugares que fuere conveniente etc. Para todas estas necesidades se requieren recursos pecuniarios: ¿cómo los obtendrá el eclesiástico? No hay medio: ó los percibe por su ministerio ó se dedica á otros trabajos para conseguirlos.

Esto último traería graves inconvenientes para que el pueblo cristiano

percibiera el fruto apetecible del ejercicio del ministerio sagrado, pues la atención del sacerdote quedaria dividida y aun en gran parte ocupada de preferencia en otras cosas. Alimentarse, vestirse, etc. son cosas de absoluta necesidad: si el ministerio no las proporcionara, la misma naturaleza exigiria que se cercenara de él todo el tiempo necesario para buscarlas por otros medios. ¿Y qué decimos la naturaleza? Lo exigiria el mismo ministerio sagrado, pues nadie puede ejercerlo sin vivir, nadie vive sin comer, y no comerian entonces los sacerdotes sin dedicarse á otros trabajos. Tampoco podrian desempeñar su ministerio si no tenian el vestido necesario para presentarse delante de los demas, si no recobraban la salud cuando les sobreviniera una enfermedad, si no tenian libros en que instruíse en sus deberes etc.; y nada de esto les seria posible si no se ocupaban en otros trabajos para conseguirlo. Es evidente pues, que la misma obligación de desempeñar el ministerio exigiria al sacerdote ocuparse primero en los trabajos que le habian de proporcionar las cosas necesarias para su vida y estado.

Mas el sagrado ministerio es tan delicado en los deberes que impone y de tanta entidad en sus resultados, que de ninguna manera puede ser desempeñado por quien tenga la atención dividida y mucho menos por quien debiera de ocuparse de preferencia en cosas que le son extrañas: él exige á todo el hombre con toda su atención, con todo su conato, con todo su esfuerzo. Y niéguese que tambien el trabajo necesario para vivir muchas veces absorbe á todo el hombre: en esos casos que son frecuentes, ¿podria duplicarse un eclesiástico? Si la Iglesia nada diera á sus ministros, ¿tendrian obligación de estudiar; pero antes que hacerlo pensarian y se ocuparían en buscar los alimentos, el vestido y los mismos libros en que debieran estudiar: tendrian que cuidar del culto divino, de la moralidad pública y privada de los fieles, de la administracion de los Sacramentos; pero era preciso cercenar de todo esto el tiempo necesario para trabajar. Que hubiera grandes concursos en los templos de personas que buscaban el remedio de sus almas: el Sacerdote no podria acudirles mientras no asegurara su subsistencia con otro trabajo. Que en las pestes se necesitara sin cesar la asistencia del Sacerdote que llevara á los moribundos los últimos auxilios de la Religion: no por esto debia dejar de comer el Sacerdote, pues si él mismo moria de hambre á nadie podia asistir. No seria pues posible que un Sacerdote precisado á trabajar para subsistir se hallara expedito para atender á las urgentísimas necesidades de los fieles. Pero no necesitamos extendernos mas sobre este punto; bastan las reflexiones que hemos hecho y á cualquiera le pueden ocurrir otras muchas que colocan en último grado de evidencia que para que un eclesiástico esté pronto y expedito para su ministerio, para que se entregue por completo á desempeñarlo como es debido, es preciso libertarlo de cuidados extraños y proveerlo suficientemente de las cosas necesarias para la vida y para el mismo ejercicio del ministerio.

Esto es tan obvio, tan claro, que solo una ciega prevencion, un odio impacable contra el Clero católico puede hacer que se desconozca la justicia que le asiste para percibir de su ministerio las cosas necesarias. En otros casos se reconoce el derecho que tiene alguno para vivir de su profesion.

Pregúntese á un protestante si seria bien que los médicos trabajaran en otra cosa para vivir, porque es una crueldad *traficar* con los auxilios con que debe acudirse á nuestros semejantes en sus dolencias; y luego contestará que si el médico nada hubiera de percibir ejerciendo su profesion, sino que para subsistir hubiera de dedicarse á otra clase de trabajos, antes que el estudio, antes que la asistencia á los enfermos procuraria proveerse por otros medios de lo que necesitaba, y las consecuencias inevitables de esto serian el atrazo en la ciencia, la ineficacia en acudir á los enfermos y desaciertos propios de la ignorancia, de cuyas consecuencias ni aun seria responsable el mismo médico, pues precisamente habria de atender á su propia existencia: y por consiguiente el médico no es traficante al percibir honorarios ejerciendo su profesion, pues tiene un derecho fundado en las mismas exigencias del bien público. ¿Por qué no se raciona del mismo modo cuando se trata del Clero católico cuyo ministerio es mas elevado y los desaciertos ó ineficacia en ejercerlo traerian consecuencias mucho mas funestas? Porque cuando se habla del Clero viene la pasion á cubrir con negro velo los ojos de sus enemigos.

Pero la Infinita Sabiduría se dignó sancionar en las divinas letras el derecho de los ministros del altar para subsistir de su mismo ministerio: «Digno es el operario de su salario.» Esto dijo el Señor á sus Apóstoles cuando enviándolos á predicar les dió derecho para comer y beber lo que hubiera en las casas donde fueran recibidos (San Lúe. cáp. 10.) y San Pablo en la epístola 1.ª á los Corintios cáp. 9. se expresa de este modo: ¿Quién jamás va á campaña á sus expensas? ¿Quién planta viña y no come del fruto de ella? ¿Quién apacienta ganado y no se alimenta de la leche del ganado?... Si nosotros sembramos las cosas espirituales, ¿es gran cosa si recogemos las carnales que os pertenecen?... ¿No sabeis que los que trabajan en el Santuario comen las cosas del Santuario, y que los que sirven al altar participan juntamente del altar? Así tambien el Señor ordenó que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio» (vs. 7, 11, 13 y 14.) ¿Qué cosa mas clara? Y todavía despues de esto dirán los protestantes que los Sacerdotes católicos convierten los templos en plazas de mercado, cuando no hacen otra cosa sino usar de un derecho que les ha dado el mismo Dios? A no ser que se diga que Dios ha autorizado para convertir su santa casa en plaza de comercio? ¿Y qué tiene que ver el hecho de haber arrojado el Salvador á los que traficaban en el templo de Jerusalem? Estos habian introducido el comercio en la casa de Dios. Lo que debian probar los protestantes seria que alguna vez arrojó el Señor de aquel templo, ó reprendió siquiera á los sacerdotes porque participaban de los sacrificios: este seria el caso análogo. Pero jamás lo hizo porque tenian derecho para esa participacion y en ello no eran comerciantes: pues así tambien los sacerdotes de la nueva ley tienen derecho concedido por Dios para percibir de su ministerio los subsidios temporales, y tampoco son comerciantes cuando hacen uso de este derecho.

§ VII

¿En todas las funciones sagradas recibe subsidios temporales el Clero católico?

Ya que los protestantes hacen tanto alarde por los subsidios pecuniarios,

que recibe el clero al ejercer algunas funciones de su ministerio, ¿cómo guardan silencio sobre las que desempeña sin recibir cosa alguna? Precisamente en lo que es mas oneroso en el ministerio sagrado es en lo que menos tiene el clero obenciones pecuniarias. Pregunten los protestantes á cualquiera de los católicos cuánto es lo que dá al Sacerdote á quien confiesa sus pecados y que absolviéndolo con divina autoridad, le abre de nuevo las puertas del reino de los cielos, y cualquiera les responderá que nada, absolutamente nada: sin embargo ha habido y hay multitud de sacerdotes que con haber recibido una insignificante cantidad de cada una de las personas que han confesado, habrian hecho un regular capital. ¿Y puede haber cosa de mayor fatiga y compromiso que la ministracion del Sacramento de la penitencia? Para todo el resto del ministerio se prepara el eclesiástico con mas facilidad y desahogo; pero la mayor parte de sus estudios se dirigen á saber confesar; y al ejercer este oficio se fatiga por la atencion continua que necesita, por los grandes concursos con que frecuentemente se ve oprimido, por la falta de método en las explicaciones que no puede menos que notarse cuando se confiesan indistintamente toda clase de personas, con lo cual se embrolla la manifestacion del estado de la conciencia, del cual debe el confesor formarse idea clara y asegurarse tambien de la integridad de la confesion. A estas y otras incomodidades fisicas se añade un gran compromiso moral. El confesor debe instruir con exactitud á su penitente en la ley de Dios, aclarar sus dudas, deshacer sus errores, resolverle multitud de casos intrincados y difíciles, estudiar su corazon, sus inclinaciones, sus pasiones y los elementos buenos ó malos que lo rodean, para tener datos suficientes para dirigirlo con acierto por el camino de la virtud; debe arreglar restituciones complicadas, salvando siempre que fuere posible el honor del mismo delincuente; debe cortar las consecuencias de los desaciertos cometidos, prever los peligros que amenazan y precaverlos; debe alentar la confianza pero impidiendo que esta degenera en presuncion; debe ser caritativo y prudente sin declinar á la debilidad ni á la laxitud; debe procurar la puntual observancia de la divina ley, pero sin exasperar ni desalentar. Preguntamos de nuevo: ¿y cuánto dá cada uno de los fieles al Sacerdote que ejerce estos oficios para él tan interesantes y para el mismo Sacerdote tan penosos y comprometidos? Nada absolutamente.

Un abogado recibe honorario por sus consultas; los fieles ricos y pobres las hacen todos los dias á sus Sacerdotes dentro y fuera de la confesion sin darles jamas cosa alguna. Se aumenta al médico el honorario cuando ya avanzada la noche es llamado á asistir un enfermo; el Sacerdote tan gratuitamente administra el Sacramento de la penitencia en el dia como en las horas mas incómodas de la noche. Se aumentan tambien los honorarios á quien haya de ejercer su profesion á distancia del lugar de su residencia; el Sacerdote nada recibe por ir á confesar á los enfermos á distancia de ocho, de diez, de catorce, de veinte, ó de treinta leguas por caminos escabrosos, sufriendo los ardores del sol y las incomodidades de las lluvias. Y asiste el clero á toda clase de enfermos aunque sean contagiosas sus enfermedades: no los abandona en las pestes mas peligrosas, y siempre sin exigirles nada. Multitud de Sacerdotes han sido ilustres víctimas de la cari-